





# INFORME

DIRIGIDO AL EXCMO. SR. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA

POR LA

## ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGIA DE BARCELONA

SOBRE LA SOLICITUD PRESENTADA AL GOBIERNO POR  
VARIOS SEÑORES DIPUTADOS Á CÓRTEES POR LAS  
PROVINCIAS CATALANAS, PIDIENDO EL  
DERRIBO TOTAL DE LAS MURALLAS  
DE ESTA CIUDAD.

Se publica por acuerdo de la misma Corporación.



BARCELONA:

**IMPRENTA DE A. BRUSI.**

Calle de la Libreteria n.º 22.

—  
1854.



R.17996

INFORME

DIRIGIDO AL EXCMO. SR. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA

DE BARCELONA

ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJIA

DE BARCELONA

SOBRE LA SOLICITUD PRESENTADA AL GOBIERNO POR  
VARIOS SEÑORES MEDICOS Y COLEGADOS A CORTES POR LAS  
PROVINCIAS CATALANAS, RESPECTO EL  
CANTIDAD TOTAL DE LAS MUESTRAS  
DE ESTA CIUDAD.

Barcelona, a 15 de Mayo de 1877



BARCELONA

IMPRESA DE A. BRUGA



*Excmo. Sr.*

El derribo total de las murallas de Barcelona, en la parte que mira á tierra, solicitado hace tiempo por el instinto público y reclamado con perseverancia desde mil ochocientos treinta y nueve, por los representantes y Autoridades de Cataluña, ha ocupado la atencion de este Cuerpo académico, por encargo de V. E. para que esclareciendo las ventajas ó inconvenientes del proyecto, pueda el Gobierno de S. M. resolver lo mas conveniente al pais.

La Academia prescindirá de las consideraciones políticas, económicas y sociales en que se apoya la idea de conservar ó derribar los muros y limitándose al punto de vista médico, examinará su influencia en la salud del vecindario y los resultados higiénicos que deben esperarse de su completa demolición

Las obras militares, aconsejadas por el arte de la guerra, para la defensa de una plaza, perjudican poco á la salubridad de sus habitantes, cuando pueden estos coló-

carse con desahogo y comodidad en un espacioso recinto. El aire, es cierto, encuentra, aun en este caso, estorbos que le impiden circular y renovarse fácilmente: la acción vivificadora de la luz solar deja de esparcir su benéfica influencia en algunos metros de terreno, y los fosos y cunetas, los baluartes y terraplenes cubiertos de sustancias orgánicas que mueren y se descomponen, despiden effluvios que pueden dar lugar á enfermedades graves; pero un recinto espacioso, supone grandes depósitos de aire, cuya renovacion si hacen difícil, no imposibilitan las murallas; el desahogo y la comodidad, permiten la construcción de calles y habitaciones á propósito para que la luz llegue hasta el modesto albergue de las clases poco acomodadas, y los miasmas desprendidos de las sustancias orgánicas que vegetan á la sombra de los muros, si son peligrosos, cuando se respiran sin que hayan podido esparcirse, diluidos en una atmósfera considerable, que los agita y muda de lugar, pierden su perniciosa influencia como la perderia el veneno mas activo si se disolviera en las aguas de un rio caudaloso.

Las murallas, pues, en el caso de encerrar un número de almas proporcionado á su perímetro, limitan el espacio, dificultan el acceso á la luz y pueden impurificar el ambiente, pero no bastan por si solas para comprometer la salud del vecindario.

Otra cosa sucede, cuando ciñen y aprietan, en un recinto escaso, á gran número de hombres. Si sus efectos aislados pueden despreciarse, unidos á otras causas morbosas duplican cuando menos la malignidad de su influencia. La vida no es posible, sin que la respiracion consuma gran

parte de oxígeno, cediendo, en cambio, á la atmósfera azoe y ácido carbónico; la superficie cutánea y mucosa de los seres animales exhalan constantemente sustancias ó miasmas dañosos y sus secreciones todas se descomponen tan fácilmente, que el aliento del hombre se hace mortal para quien lo respira. Si á esto se añade las emanaciones incesantes de los objetos que utiliza para su industria ó necesidades, no debe estrañarse, cuando su número es considerable, que el aire inficionado mine por su base la existencia.

Acaso se dirá que no tienen culpa las murallas de que se olviden los preceptos sanitarios, ni de que una estension cualquiera de terreno, se ocupe por triple ó cuadruple poblacion de la que debe contener. La Higiene aconseja limitar la poblacion al terreno disponible y nunca al terreno, ni á sus límites naturales ó artificiales, se les puede, con justicia, atribuir los perjuicios que resulten de haberse desconocido las exigencias de localidad.

Parece tan natural este raciocinio y está, por otra parte, apoyado por personas tan dignas de nuestro respeto y consideracion, que no podemos prescindir de examinarlo.

— Es cierto, que las murallas no tienen, ni pueden tener la culpa, de que treinta y cinco ó cuarenta mil familias hayan elejido un sitio determinado para fijar en él su residencia; pero esas cuarenta mil familias, que, ocupando una legua cuadrada, en nada se perjudicarian, se ven precisadas á vivir en la quinta parte de terreno, y si les falta espacio, si se hacinan las unas sobre las otras, como las abejas en su colmena, si la Higiene y la moral se resienten de que, en esos hormigueros humanos, encuentren

satisfaccion todos los malos instintos y pábulo las pasiones mas bastardas , culpa, es en gran parte, de los derruidos torreones que les sirven de barrera. Ineficaces para el bien, si por desgracia de la humanidad, se renováran épocas de lucha , su utilidad presente está casi limitada á nutrir el musgo que los cubre y á reconcentrar los gérmenes aviesos de toda ciudad populosa, inocentes cuando están aislados, pero que pervierten el corazon y destruyen la salud si se reunen , como la inofensiva luz del sol earboniza y destruye las sustancias combustibles, si se las coloca en el foco de un cuerpo reflector.

La idea de limitar la poblacion para que no esceda nunca, de la que higiénicamente cabe en el terreno disponible, puede ser escelente en teoría , pero en la práctica es irrealizable. El señor feudal, podia reducir la de sus dominios autorizando ó prohibiendo á su placer los matrimonios. Ni el llamado siervo de la tierra, ni el artesano, podian emigrar voluntariamente y el hombre moria, casi por necesidad , bajo el mismo techo que sus padres, si asi convenia á su señor. Hoy todo ha cambiado. Proclamada la libertad del trabajo , el jornalero y el industrial acuden, sin que nadie pueda impedirlo , donde hay demanda de brazos y bien pronto se asimilan á la masa comun. Las pequeñas industrias, con que cada localidad se bastaba á si misma, han desaparecido absorvidas por grandes talleres, por manufacturas inmensas y como no pueden establecerse en cualquiera parte, si no en aquellos puntos á propósito para su fabricacion especial , arrastran consigo millares de trabajadores que acrecientan , á veces de un modo rápido, poblaciones destinadas antes á una completa inamovilidad.

En Barcelona hay que añadir á estas causas, lo benéfico del clima, la amenidad del terreno, su pintoresca situación á orillas del mar, bajo un cielo siempre despejado y hasta el haber permitido, durante nuestras discordias civiles, mayor seguridad, que en el resto del Principado, á los caudales y á las personas. Este concurso favorable de circunstancias explica, como no habiendo en mil seiscientos cincuenta y siete, mas que sesenta y cuatro mil almas, ascendían á ochenta mil, en mil setecientos cincuenta y nueve; á ciento doce mil, en mil setecientos noventa y dos; á ciento diez y ocho mil, en mil ochocientos treinta y cinco; á ciento cuarenta mil, en mil ochocientos cuarenta y se aproximan en el actual, segun los mejores datos estadísticos, á ciento sesenta mil.

La aglomeracion en Barcelona de las clases laboriosas, cuyo término no puede fijar la prevision humana, y el acrecentamiento de la parte capitalista y oficial, serán un mal á los ojos de la Higiene, no compensado ni por la difusion que proporcionan á toda clase de conocimientos, ni por los progresos de la sociabilidad y cultura, ni aun por la economía con que permiten satisfacer, á todas las clases de la sociedad, sus necesidades mas urgentes; pero ni ese mal ha podido evitarse, porque no hay fuerza en ningun gobierno, para impedir que el trabajo y los capitales se dirijan á donde se les ofrece mas ganancia, ni debe ocuparnos tampoco lo pasado, aunque el evitarlo hubiera estado en la mano de los hombres.

La cuestion es de actualidad, y dado el hecho, de que en siete mil varas lineales, viven ciento sesenta mil personas, lo que se trata de saber es, si deben salir cien mil, del

casco de la plaza, para que el resto quede con higiénica comodidad, ó si es preferible duplicar, triplicar ó no poner límites al perímetro, para que puedan todas esparcirse como lo recomiendan los buenos principios sanitarios. Sostener la primera idea y sostenerla en nombre de la higiene, es olvidarse que esta ciencia camina con su siglo. Es permitirse el placer de proponer lo irrealizable. Es aconsejar al púber, en la época de su desarrollo, que no alargue su ropa á medida que va creciendo, sino que deje de crecer ó que se mutile, para que le venga siempre olgada la que viste desde niño. No; la Higiene no puede querer la mutilacion de Barcelona. Las murallas son responsables de que una localidad reducida, esté ocupada por mayor número de habitantes del que debe contener y solo destruyéndolas se pueden evitar los inconvenientes que lleva consigo esa innecesaria aglomeracion.

En la esposicion elevada al Gobierno por los señores diputados catalanes se leen estas palabras: « Las numerosas murallas que la rodean, estrechándola en un reducido círculo.... han hecho, que con notable perjuicio de « su salubridad, de su comodidad y de su belleza, desaparecieran de su interior las huertas y los jardines; que « se eleváran considerablemente los edificios existentes y « que ya en los nuevamente construidos, ya en los que se « renuevan ó modifican, se aumente el número de las habitaciones, hasta reducir las á tan limitado espacio, que se « resiente la salubridad. »

A primera vista parece, que si las huertas han desaparecido, ocupando su lugar edificios escesivamente altos, con mezquinas habitaciones; si faltan plazas y paseos, si para

mengua de la antigua ciudad condal, hay barrios enteros, en donde el sol no penetra para enjugar su humedad, y en los que, en estrecho maridaje, se anidan la miseria, gérmen de todas las enfermedades, y la ignorancia, materia prima de casi todos los delitos, no debe hacerse en nada responsable á la existencia de las murallas. Tal estado de cosas, parece depender solo del egoismo, que ha sacrificado todo género de consideraciones para hacer mas lucrativo el terreno edificable y de la dolorosa apatía de los que han permitido edificar, en donde y como la ciencia y el buen sentido aconsejaban que no se edificase. Entre las murallas y la transgresion de los principios sanitarios no existe necesaria dependencia.

Este pensamiento encierra una verdad amarga, porque en materia de construcciones, se ha tolerado lo que á los ojos de la Higiene no debia tolerarse, pero en lo demas es inexacto. Dada una causa se desarrollan bien pronto otras, sin relacion al parecer con la primera, porque son una cadena cuyos extremos solo se tocan por eslabones intermedios. Bajo este punto de vista, si las murallas no han ocupado los espacios antes disponibles, ni producido directamente los abusos que lamentamos, les han dado ocasion, impidiendo edificar en donde la salubridad no podia resentirse.

Ademas, por mala que sea la parte renovada de Barcelona, es infinitamente peor la parte antigua. El mal data de muy lejos y cualquiera que sea la responsabilidad que corresponda á hombres y épocas que han pasado, lo que se necesita es mejorar lo existente y buscar condiciones ventajosas para el porvenir.

Mientras se conserven las murallas, no es posible transformar en calles espaciosas los inmundos y cenagosos callejones que hoy existen. Una sola que se abra, cuesta lo que en otras circunstancias bastaria para reformar todo un cuartel. Se necesitan anchas y numerosas plazas, desde donde puedan distribirse, con profusion, aire y luz á los sitios inmediatos: no hay mercados, no hay parques, ni jardines, ni baños públicos; nada en fin, de lo que reclama la comodidad, la cultura y salubridad de una poblacion importante. Bastan estas sencillas consideraciones, para poner de manifiesto que la aglomeracion del vecindario, depende esclusivamente de las obras de la plaza y que mientras no se derriben, ni la mejor voluntad, ni el deseo mas ardiente, podrán destruir las causas de insalubridad que germinan en su interior.

Aunque no parece probable, podria decirse que nuestras reflexiones están basadas en un supuesto imaginario, toda vez, que la insalubridad que se deplora, no existe en Barcelona, pues que no hay mayor número de enfermedades, ni son mas peligrosas que en cualquiera otra localidad.

Esta manera de discurrir, por muy importante que sea, lejos de invalidar, en el caso presente, nuestras deducciones, les presta mayor apoyo. La insalubridad de un pueblo depende de cien causas distintas cada una de las que pone algo de su parte. El clima, los aires, las aguas, la situacion con respecto al sol, los alimentos, las costumbres, las ocupaciones, etc. son otros tantos elementos de robustez ó de enfermedad para el individuo á quien rodean. Si todos ellos ejercen una influencia favorable, la salud no se resiente; si la ejercen perniciosa, la organizacion mas

robusta languidece y se destruye; si, aunque unos sean perniciosos, influyen ventajosamente los demas, la esposicion á las enfermedades aumenta ó disminuye con su importancia relativa. Esto es lo que sucede en todas partes y es lo que sucede tambien en Barcelona. Aunque su salubridad, comparada con la de otro punto, fuera ventajosa, la lógica de la Higiene, no permite suponer que los barrios en donde la miseria sacude sus harapos, ni los islotes de casas inmundas, en cuya oscuridad se anida el vicio, sean inofensivos á la salud y á la moral; lo único que permite deducir es, que la suma ó el conjunto de causas morbosas, es menor que en el punto comparado. Y nada tiene de extraño, que este conjunto sea aqui menor que en otra parte, pues las condiciones topográficas de la capital del Principado, si la hacen ya, uno de los pueblos mejor situados de Europa, deberian hacerlo tambien, de los mas hermosos y de los mas sanos.

Es preciso, sin embargo, llevar esta cuestion al terreno de los hechos para disipar todas las dudas. El barómetro de la salubridad de un pais, gradua su mortalidad y el número de epidemias ó contagios que ha sufrido.

La mortalidad, ó el total de individuos de la especie humana que, sobre determinado número de vivientes muere en un año, era en Paris, en mil ochocientos veinte y nueve, de uno por cada treinta y dos, y hoy es de uno, por cada treinta y siete. En Lóndres, en mil ochocientos veinte y ocho, moria uno por cada cincuenta y cinco, y hoy, uno por cada sesenta. En Barcelona, han muerto en el último quinquenio: es decir, desde mil ochocientos cuarenta y nueve inclusive, hasta fin de mil ochocientos cin-

cuenta y tres, veinte y cinco mil novecientas sesenta y seis personas. Cinco mil cuatrocientas nueve, en mil ochocientos cuarenta y nueve; cinco mil ciento veinte y nueve, en mil ochocientos cincuenta; cuatro mil ochocientos cincuenta y tres, en mil ochocientos cincuenta y uno; cinco mil doscientas veinte y cinco, en mil ochocientos cincuenta y dos, y cinco mil trescientas cincuenta, en mil ochocientos cincuenta y tres, de donde resulta, hecha la conveniente proporcion, suponiendo que habitan la capital ciento sesenta mil hombres, que ha muerto uno por cada treinta.

Acaso se recusarán estos datos porque entre el número de muertos aunque no figuran los del Hospital militar están incluidos los del general ó de Santa Cruz, en donde como es sabido, se admiten enfermos de toda la Provincia, y aun de otras estrañas al Principado. Esta observacion es justa y como no hemos tenido el tiempo suficiente para averiguar, entre los que han fallecido en el Hospital, quienes residian en Barcelona y quienes no, adoptaremos un medio, que no será exacto para hallar la verdad, pero del que, de seguro, no podrán quejarse los que suponen que Barcelona es muy salubre: prescindiremos por completo de estas defunciones, como si, ni una sola hubiera tenido lugar en habitantes de Barcelona.

En el Hospital de Santa Cruz han muerto en el último quinquenio

Años.	Hombres.	Mugeres.	Locos.	Locas.
1849	384	405	35	24
1850	320	338	42	32
1851	327	288	39	29

1852.....	337.....	279.....	20.....	31.
1853.....	333.....	334.....	32.....	35.
<hr/>				
Total.....	1701	1644	168	151.
Total general 3664.				

Deducida esta suma de las veinte y cinco mil novecientas sesenta y seis defunciones, quedan en veinte y dos mil trescientas dos; y hecha la conveniente proporcion, resulta haber muerto, en cada año, uno por cada treinta y cinco.

Compárense estos resultados con los que hemos dicho que se obtienen en Lóndres y Paris, teniendo en cuenta las condiciones de cada localidad y al observar, que en Barcelona, con su cielo, con su clima, con su posicion y con ese concurso de circunstancias exteriores tan favorable, se pierde una décima parte de habitantes mas que en Paris y casi un doble que en Lóndres, en cada año, habrá precision de confesar que son muchas las causas interiores que contribuyen á su insalubridad.

En cuanto á epidemias, es un hecho demostrado que son tanto mas numerosas y terribles, cuanto abundan mas las condiciones antihigiénicas. Con este precedente, recordemos que en la última mitad del siglo catorce, se han desarrollado cinco veces, siendo algunas tan asoladoras, que en mil trescientos treinta y tres, murieron, en poco tiempo, diez mil personas, habiendo casas donde no quedó ninguno vivo, en mil trescientos cuarenta y ocho hubo tan gran mortandad, de *Landres* y otras muertes *improvisas*, que fenecieron cuatro *Concelleres* y casi todos los

del Consejo de Ciento. En el siglo quince, hubo diez y nueve : gratificando en mil cuatrocientos veinte y nueve, con ocho libras y diez y seis sueldos, al capellan que recogia por las iglesias los cadáveres. En el siglo diez y seis, aun despues del ensanche que se permitió á la ciudad, se desarrolló la peste diez veces, muriendo en mil quinientos uno, desde mayo hasta noviembre, segun Ramon Vila, tres mil personas. En mil quinientos veinte y uno, desde junio hasta julio, seis mil y en mil quinientos ochenta y nueve, desde junio hasta el veinte de octubre, diez mil novecientas treinta y cinco. En el siglo diez y siete, se desarrollaron nueve veces enfermedades contagiosas, siendo en mil seiscientos cincuenta y uno tan terribles, que el antiguo convento de Jesús desocupó su edificio, para hospital y cementerio de apestados, como se podia leer, no hace muchos años, en los azulejos que se hallaban colocados, en lo que es ahora fuente de Jesús. Murieron tantos religiosos, que cada uno de los existentes, por escasez que habia, podia decir dos misas. Y en veinte y ocho de mayo, segun el mismo Ramon Vila, no se halló quien tocára las campanas en la Catedral. En el siglo diez y ocho, hubo tambien siete epidemias; y en el actual, aunque solo estamos en su mitad, sin contar las fiebres tifoideas y afecciones escrofulosas, han hecho no pocos estragos, la fiebre amarilla y el cólera morbo asiático.

En vista de estos datos: demostrado hasta la evidencia que Barcelona es insalubre, y teniendo en cuenta, que las murallas son perjudiciales, en unos casos, por el mal que directamente producen, y en otros, porque sirven de rémora constante, ó de obstáculo invencible á las mejoras sa-

nitarias, la Academia opina, que deben derribarse por completo.

Al aconsejarlo así, faltaria á un importantísimo deber, sino hiciera, al mismo tiempo, algunas advertencias. Cuatro veces se han derribado los muros, y otras cuatro, el interés particular ha disputado á la Higiene el terreno concedido. Por quinta vez se reclama, en nombre de la salud pública, el ensanche de la ciudad, y acaso la salud pública, será por quinta vez sacrificada. Si los encargados de la administracion no se encuentran con fuerzas para impedirlo; si nuevas construcciones de ciento y mas piés de elevacion se añaden á las ya existentes; si esa poblacion diseminada ahora por el llano, ha de venir á ocupar el terreno de los glasis, en calles infectas y en habitaciones abiertas debajo del suelo ó elevadas en las nubes, que no se derribe por Dios la primera piedra, sino se quiere destruir para siempre el porvenir de Barcelona. Quinientos años han pasado, desde que el recinto del Monte Taber, se estendió hasta la Rambla y Ciudadela, y hoy se palpan todavía las consecuencias de haber construido viciosamente esa parte de ciudad. Si Lóndres y Paris nos admiran es, porque el ariete del génio guiado por la ciencia, ha destruido callejuelas estrechas é infectas, elevando sobre sus ruinas calles espaciosas, con casas magníficas por su elegancia, limpieza y comodidad: es porque se, forman cloacas, se nivela el piso, se levantan puentes y andenes, se construyen alhóndigas, y porque, entre esa muchedumbre humana, hay parques magníficos, paseos y jardines inmensos. Setenta y cinco plazas se han abierto en las orillas del Támesis y cuarenta y tres en las del Sena. Si se ha de se-

guir este ejemplo, abajo las murallas, en nombre de la Higiene y de la civilizacion, y que Barcelona sea una moderna Atenas; pero, si se han de parodiar los raquíticos ensanchamientos de mil trescientos sesenta y tres y mil seiscientos cuarenta y cuatro, conservemos este legado de piedra, que si altera el aire del interior, permite al menos respirarlo puro al otro lado de los fosos.

Esto es lo que la Academia tiene el honor de elevar al superior conocimiento de V. E. en contestacion á su atento oficio de 25 de enero último y para los fines que en el mismo se indican; habiendo acordado igualmente la Corporacion, en sesion de 4 del presente, imprimir y publicar este dictámen, contando para ello con el beneplácito de V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 10 de abril de 1854.

*Excmo. Sr.*

El Vice-Presidente,

**Ramon Ferrer y Garcés.**

El Secretario de Gobierno,

**Juan Ramon Campaner.**



RF. 2-36